

Cuadernos de la Fundación Francisco Ayala, 13

La investigación que ha dado lugar a este libro contó con una ayuda de la Fundación Francisco Ayala.

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

Primera edición: 2018

© *De los textos de Francisco Ayala*: Elizabeth Carolyn Richmond de Ayala

© *Del prefacio*: Francisco José Martín

© *Del estudio preliminar y notas*: Alessio Piras

© Universidad de Granada / Fundación Francisco Ayala

*Transformaciones. Escritos sobre política y sociedad en España, 1961-1991*

ISBN: 978-84-338-6359-1

Depósito Legal: GR-1362-2018

Diseño de la colección: Juan Vida

Fotocomposición: La Trama Digital

Impresión: [www.tipografico.es](http://www.tipografico.es)

Impreso en España / Printed in Spain

**TRANSFORMACIONES**  
**Escritos sobre política y sociedad en España, 1961-1991**

Francisco Ayala

Edición, estudio preliminar y notas de  
Alessio Piras

Prefacio de  
Francisco José Martín

Fundación Francisco Ayala  
Universidad de Granada

2018



## Índice

De la disidencia de las Dos Españas por Francisco José Martín . . . . .	9
El lugar de Francisco Ayala como intelectual de la Transición por Alessio Piras . . . . .	21
TRANSFORMACIONES. ESCRITOS SOBRE POLÍTICA Y SOCIEDAD EN ESPAÑA, 1961-1991	
De la preocupación de España . . . . .	47
El “problema” de España . . . . .	75
España, a la fecha . . . . .	94
España y la cultura germánica . . . . .	136
España, a la fecha [1977] . . . . .	142
Literatura y política . . . . .	177
<i>Homo homini lupus</i> . . . . .	180
Más sobre el nuevo terrorismo . . . . .	190
A vueltas con el terrorismo (Respuesta a una carta ajena) . .	194
La propia imagen . . . . .	199
El papel de los intelectuales . . . . .	203
Libertad, ¿para qué? . . . . .	209
¿Involución? . . . . .	212
Autoengaño y desengaño . . . . .	216
El intelectual orgánico . . . . .	219
Nota editorial . . . . .	225



## De la disidencia de las Dos Españas

Francisco José Martín

[I] HUBO en España una guerra. No fue una más de las varias que recorren su historia, sino una guerra atroz, de ferocidad y violencia extremas, de un odio que dividió familias y rompió amistades que eran para toda la vida, de un rencor que acabó instalado incluso en las conciencias más nobles y menos dadas al comercio entre las ideas y los afectos. Fue algo así como la evidencia de una discordia originaria y fundante, una suerte de grado cero o centro oscuro del que venimos y que a la postre nos define y justifica. Aunque no haya conciencia de ello, aunque parezca que ya queda muy atrás en el tiempo y que el camino que hemos andado en los últimos cuarenta años –se dice pronto– semeja mucho a una definitiva superación de aquel conflicto constitutivo de nuestra efectiva realidad. Pero no, pues lo cierto es que aquella guerra madre de todas nuestras guerras sigue descargando sus efectos sobre el presente y sin duda seguirá haciéndolo sobre el futuro. También sobre el pasado. Ni puede ni podrá ser de otra manera, y no por capricho o incapacidad, o por desconocimiento o dejación, sino porque lo originario de aquel acontecimiento –su atroz negrura– no ilumina ningún punto de partida o nuevo inicio, o la interrupción de algo que pudiera recuperarse marchando hacia adelante o hacia atrás en el tiempo; al contrario: abre a un centro o claro de un bosque oscuro en cuyo derredor pensar y repensar y volver a pensar aún cualesquiera criterios de ordenamiento civil que vayamos a querer o poder darnos. Un centro oscuro, un grado cero, una fuente o altar al que volver siempre en busca de orientación y de criterio. De método y de sabiduría. No a la guerra en sí, claro está, sino a la reflexión sobre la guerra, a la honda y recogida meditación sobre aquella guerra concreta hecha emblema de nuestro destino como españoles en la historia de una humanidad irredenta.

Hubo después una efectiva partición de España en dos mitades. Al menos en dos mitades, sin que sea lícito pensarlas ambas como homogéneas y unívocas (cabría incluso hablar del silenciamiento perverso que esas dos mitades cumplieron con la acaso mal llamada Tercera España), sino, más bien, como agregados de conveniencia o simplicidad de los relatos. Dos Españas: una metáfora que había tenido un recorrido exitoso en la literatura desde finales del siglo XIX y que ahora, con la guerra y la posguerra, se cobraba la representación de la realidad nacional. Es obvio que no toda la realidad nacional cabía en aquella bipartición, que nuestra efectiva realidad era de seguro más rica y compleja que el sistema binario de representación que unos y otros, vencedores y vencidos, cada cual a su modo, afirmaban resueltamente, pero el caso es que la hegemonía de sus relatos –de ambos relatos– vino a sancionar y a dar fuerza e incluso legitimidad a la metáfora hecha realidad de las Dos Españas.

Dos Españas que iban a quedar radicalmente separadas en la posguerra y que en cada una de ellas, en cada uno de sus respectivos recintos, si bien con modalidades muy diferentes, se iban a levantar obstáculos a cualesquiera intentos de diálogo que en adelante fueran a poder darse. Acaso no deba sorprender que el puente entre ellas iba a levantarse en el espacio frágil de la disidencia. De dos disidencias que en el peligro –en sus respectivos peligros– supieron encontrarse y crear las condiciones de un efectivo diálogo. De la de la España exiliada es Francisco Ayala su mejor representante y principal protagonista, quien sin duda puso la primera piedra del puente. De la de Franco quizá sean los miembros del Grupo de Burgos quienes mejor expresen las vueltas y revueltas del camino hacia la devolución moral de la victoria. O la de los jóvenes, aquellos hijos de los vencedores que no aceptaron el propio reconocimiento dentro de las coordenadas del régimen y acabaron poniéndolo en cuestión y luchando más o menos abiertamente en su contra.

[II] TAL vez la mística del exilio guste de gestos y declaraciones contundentes, tales de preservar la experiencia exiliada del real movimiento de la historia. Gestos que la salven de la inanidad, de la ineficacia, de su indefectible haber quedado al margen, o sin lugar, en el tablero de las decisiones. Gestos

como símbolos que exigen en el tiempo –desde su radical destiempo– el culto al recuerdo de una realidad republicana mancillada, humillada, ofendida. Declaraciones clavadas en un margen de la historia reclamando una reparación de suyo imposible, ancladas en un pasado al que en modo alguno podría ya volverse nunca. Era empeñar la vida –la vida del exilio– en la defensa a ultranza y a río pasado de la legitimidad democrática de la República, sin apearse del pedestal moral que condenaba sin sombra de duda la acción de los militares sublevados y la infidelidad de cuantos los apoyaron, sin percatarse de que el reloj de la historia seguía dando las horas y había empezado a hacer nueva andadura y a generar consecuencias que ya de ningún modo debían desconocerse en la búsqueda de soluciones ante aquella división fatal de España. Era lección de realismo entender que las soluciones que permitía el nuevo concierto internacional salido de las ruinas de la Segunda Guerra Mundial ni tan siquiera contemplaban el retorno a la legítima anterioridad violada: ni los caminos de la historia podían desandarse ni el tiempo permitía otra cosa que un seguir marchando hacia delante a través de un día a día que cada vez se alejaba más del presente que fue y dejó de ser la guerra.

O la de quienes dentro, fuertes en las razones que otorga ganar una guerra, pensaban que el régimen era innegociable y la victoria un nuevo punto de partida que restituía España a su verdad: a su grandeza imperial surcando los siglos de la historia, una suerte de devolución o de rescate de un ser esencial y primigenio que la Anti-España ahora en exilio había intentado alterar y pervertir. Obvio que las Dos Españas se condenaban mutuamente y se negaban diálogo y saludo. Era el predominio de la negación. También de la soledad y del desafuero. De la firmeza de las propias posiciones y del afianzamiento del muro de lo irreconciliable.

En aquella oscura negatividad operó la disidencia. La doble disidencia, que lo era también de la mística de los gestos y de la mixtificación de la realidad. Y era sobre todo el centro del peligro.



[III] LA guerra de España tuvo en su raíz una dimensión internacional a menudo olvidada y no siempre considerada en su efectiva realidad. Fue, con propiedad, el escenario en el que se puso a prueba lo que iba a venir después en Europa y en el mundo. Más que prólogo fue el primer capítulo de un mismo *logos*, algo que solo alcanza la plenitud de su verdad en el más amplio horizonte de la Segunda Guerra Mundial. El estudio separado de ambas guerras tergiversa su mejor comprensión, y no debe olvidarse, además, que tal separación discursiva obedece al relato hegemónico de la posguerra. En la de España pesó decisivamente la asimetría de los apoyos internacionales, tanto en su acción como en su omisión, y más aún, si cabe, el cinismo y la frivolidad de una política europea que ni quiso ver a tiempo la causa general ni tuvo valor después para llevar la victoria aliada hasta sus últimas consecuencias.

El régimen de Franco, de aislado y marginado en la nueva escena internacional pasó poco a poco a ser tolerado y aceptado en razón de la lógica de la Guerra Fría que iba a abrirse paso en la posguerra. La evolución del régimen la marcó la economía y no ningún debate de ideas, aunque los hubo, pero fueron los aires del crecimiento económico que soplaban en Europa y se colaban por los Pirineos los que dieron la vuelta a un régimen que soñó la autarquía y acabó plegándose a la economía de mercado. El factor económico penetró en el régimen como una cuña y fue poco a poco erosionando con eficacia no ideológica las estructuras mentales del franquismo. Pocos analistas supieron mirar adecuadamente hacia la economía y fundar en su libertad la esperanza de cambio y una salida democrática en concierto con las democracias europeas. Francisco Ayala, atento siempre a los detalles, alcanzó a verlo a tiempo y a llamar la atención –quizá antes que nadie– sobre ello: por más que la oposición al régimen creciera y los jóvenes se imbuyeran de lecturas marxistas sobre las que se iba a fundar el nuevo sueño de una revolución trasnochada, lo cierto es que fue el aumento del nivel de vida y el débil contacto con el nuevo espíritu del tiempo lo que iba a poner a España en una situación de salida natural hacia la democracia. Más que las ideas y la crítica de oposición al régimen, importantes sin duda, en el paulatino socavamiento de la mentalidad franquista pesaron más las turistas nórdicas en toples correteando por las playas de Málaga o Alicante y el espíritu desenfadado y alternativo a las formas tradicionales de com-

promiso que acompañaba al despliegue de la nueva música pop y sus conciertos. Era algo que afectaba a la raíz misma de las formas de vida dominantes.

[IV] *¿Y después de Franco qué?* La pregunta solo cabía en el espacio de la disidencia. De la doble disidencia: la de la creencia del régimen en su perduración como único futuro posible o, al menos, como futuro asegurado, y la de la creencia del exilio en el necesario retorno a la legítima anterioridad violada con la guerra. La misma pregunta era ya signo de disidencia, pues abría una grieta destinada a crecer con el tiempo en el espacio de la seguridad de ambas creencias opuestas e irreconciliables. Reconocerse en esa pregunta era aceptar con conciencia una distancia con el espacio en que se estaba e iniciar el camino incierto de superación de la lógica que mantenía viva la realidad de la metáfora de las Dos Españas. El camino de ese reconocimiento condujo a los distintos ejercicios de convergencia llevados a cabo por ambas disidencias. Y fue convergencia, que no identificación en una sola y misma disidencia. Convergencia de unas y otras disidencias.

En la España de Franco, a la disidencia del régimen se añadió naturalmente el exilio interior, aunque quizá fuera más adecuado decir que fue aquella la que se añadió a este, si bien su aportación fuera acaso más significativa en términos de visibilidad y de eficacia. Y a ambas hay que añadir aún –y muy significativamente, aunque a veces se la olvide o se la obvie o tienda a confundírsela con las otras o a diluirla en ellas– la de los jóvenes, variada y multiforme como parece corresponder al espíritu contestatario de aquel tiempo, politizada a veces con residuos ideológicos del pasado y otras menos referida a las ideas y más a las costumbres y modos de vida alternativos que se difundían con la nueva música y el nuevo espíritu libertario y contracultural. Cabe señalar la dificultad del exilio –disidente o no– para dialogar con aquella juventud, acaso para entender el horizonte de motivaciones vitales que la movían y que desplegaban como podían frente al simple ejercicio del poder (ya fuera bajo una dictadura, como en España, o en el espacio de las democracias occidentales, como Francia e Italia). El mayo del 68 se ha convertido en símbolo de aquella juventud y aquella época, pero conviene no olvidar que aquellos mismos vientos, con distinta intensidad, soplaban por todo el mundo occidental.

[V] Es obvio que la Transición a la democracia no se inicia en España con la muerte del dictador. Empieza mucho antes, desde luego, y cabe decir que la entera década de los años sesenta está poblada de signos que señalan hacia la democratización política de la vida nacional como salida viable del régimen. Signos de todo tipo, tan variados como puedan ser la publicación de la revista *Cuadernos para el Diálogo* o los conciertos de los Beatles en Madrid y Barcelona, los viajes en sordina de algunos miembros del exilio, tan distintos en el fondo y en la forma como los de Max Aub y Francisco Ayala, e incluso la salida al exilio de algún que otro intelectual comprometido con el régimen en su primera hora y que a la postre había llevado a cabo una evolución tal de pasar del estar dentro y en sintonía al estar fuera y en oposición, como fueron los casos –distintos– de Dionisio Ridruejo y de José Luis López Aranguren.

Había también signos de la resistencia del régimen y de su voluntad de perpetuarse en el tiempo, y eran los dominantes, claro está, o, por lo menos, los más visibles y los que se mostraban con ostentación en la escena nacional. Pero los otros, moviéndose en espacios tolerados, siempre vigilados, incluso acosados y las más de las veces en las vecindades de la clandestinidad, fueron anudando convergencias y tejiendo poco a poco, en la paciencia de un tiempo que parecía no tenerla, el espacio de las condiciones de posibilidad de la salida democrática del régimen. Era una apuesta que encontraba el respaldo del espíritu del tiempo y el beneplácito de las cancillerías europeas.

No falta quien dice que la Transición fue una operación guiada desde el franquismo y como supervivencia del mismo. Hubo en ella, es cierto, la participación del régimen, pero era ya un régimen –una parte del régimen– que se batía en retirada y que había aceptado como inevitable su transformación democrática. Pensar que esta participación enturbia la Transición es, sin duda, una desmesura que desconoce el principio de realidad que la animaba y el perímetro de circunstancias en que se movía.

A aquella creación y fortalecimiento de las condiciones de posibilidad de la Transición no todos se sumaron. Es historia conocida. No faltaron quienes consideraron indigno el diálogo con quienes en la guerra civil habían estado en el bando opuesto. Tampoco faltaron los que al poco iban a

teorizar el desencanto abrazados al eslogan del *era mejor contra Franco*. Es obvio que nada carece de consecuencias y que todas las actitudes de entonces –todas– iban a tener su peso correspondiente en el complejo proceso de la transición a la democracia. El resultado fue una operación de sumas y restas en el que no faltaron divisiones e incluso algún que otro intento de pararlo todo. Pero no hubo modo y aquí estamos para contarlo.

[VI] SE escucha también con frecuencia que la transición a la democracia se hizo en España con la mirada puesta en un futuro sin memoria. O que predominaron el olvido y la desmemoria, queriendo indicar con ello que se dio prioridad a la construcción de la nueva convivencia civil y quedaron desatendidas numerosas expectativas de reparación de las injusticias de la guerra y de la dictadura. Es cierto, pero cabe preguntarse también si hubiera podido ser de otra manera, si en aquel espacio frágil y en aquellas precisas circunstancias y condiciones la salida de la dictadura y su transición a la democracia hubieran podido prosperar de otra manera. Y, en cualquier caso, de lo que a estas alturas no puede haber duda es de que el modo en que se hizo era uno de los posibles con mayores visos de éxito, tal vez no el solo modo, pero sí uno que supo interpretar mejor las exigencias de aquel momento español en el contexto de las democracias europeas y en el más amplio concierto internacional de la época. No se trata de cuestionar la bondad de aquellas otras posibilidades que tal vez hubo en el horizonte de aquellos años, pero tampoco se puede caer en la tentación de poner en el mismo plano el camino efectivamente recorrido con otros que simplemente quedaron señalados como posibles.

La Transición alumbró una Constitución, es decir, unas reglas de juego en las que en adelante iba a poder desarrollarse una convivencia civil en la que todos –todos los españoles sin distinción– pudieran tener cabida. La Constitución es lo que constituye, lo que funda, lo que define los derechos y los deberes de una ciudadanía compuesta por hombres y mujeres libres e iguales. Tienen algo de sagrado los textos constitucionales, y no porque sus palabras desciendan de lo alto y se entreguen a la humanidad como don de un dios cualquiera, sino porque el lenguaje de sus artículos resuena como palabra empeñada en la construcción y respeto de la convivencia futura.

Sus palabras son como una oración civil aprendida en la niñez y repetida cada día para conjurar el peligro. No cualquier peligro, claro está, sino el de precipitar en el desacuerdo que rompe toda posibilidad de convivencia.

No son leyes divinas, sino humanas, tal vez incluso demasiado humanas, pero en ellas alienta el esfuerzo del acuerdo posible y de la paz lograda y alcanzada. Alientan el sacrificio y la renuncia en aras de apuntalar bien —es decir: lo mejor posible— la construcción del futuro. En la española de 1978 el recuerdo de la guerra civil estuvo bien presente, sobre todo la obligación moral de buscar el modo de que no pudiera volver a repetirse. Ha funcionado. O mejor: lleva cuarenta años funcionando y hasta la fecha ha sido capaz de dar a España el periodo de mayor prosperidad y justicia que ha conocido en su historia. Y conviene no olvidar que es hija natural —deseada y no siempre querida— del espacio constitutivo y fundante de la democracia por venir propiciado por el despliegue creciente del espíritu de la Transición.

La Transición fue un ejercicio de sensatez y de renuncia, y la Constitución, sin duda, su mejor fruto. No todos la votaron, desde luego, como tampoco todos —españoles aún divididos por la lógica de las Dos Españas— se sumaron a aquella corriente transicional que perseguía una desembocadura democrática. En la disidencia de las Dos Españas, de cada una de ellas y de su propia lógica constitutiva, vino a configurarse el espíritu y el horizonte de la Transición. En ella, la reconciliación no era un punto de partida, sino una meta a la que habría de llegarse. La Constitución era el camino: abría un nuevo espacio en el que se depositaban las esperanzas de una España nueva capaz tal vez de dejar atrás de manera definitiva la lógica de su sempiterna división y enfrentamiento.

[VII] ERA camino, y los caminos son para transitarlos. Importa llegar, claro está, pero importa más el gesto y la actitud de ponerse en camino, de encaminarse y salir al camino pertrechado de ilusión y de esperanza. Importa sobre todo aceptar el método de la andadura, de hacer camino echando un paso detrás de otro, siempre uno detrás de otro, sin precipitarse ni correr, valorando el tiempo y los accidentes, la compañía y el paisaje. No hay que tener miedo a la lentitud del camino ni dejarse arrebatar por la prisa de la llegada. El buen caminante sabe que transitar un camino es aceptar su lógica

y acogerse a su horizonte, o mejor: acoger en su propia intimidad la lógica y el horizonte del camino y hacerse a su vez camino. Hacerse camino para poder ser camino.

¿Solo una hermosa metáfora? Tal vez. Pero ¿quién dice que el conocimiento que nos deparan las metáforas es de rango inferior al de la ciencia o al de la historia?, ¿quién se atreve a asegurar que la iluminación metafórica se disuelve en la simple fruición de su belleza? La metáfora tiene dimensión moral y política, sin duda, de donde se sigue que la belleza del camino no reside en los colores cambiantes del paisaje sino en el alma hecha camino de los propios caminantes. Así España, a la fecha de 1978.

[VIII] *ESPAÑA, a la fecha*, de Francisco Ayala, en sus dos versiones de 1965 y de 1977, constituye como ningún otro texto esa voluntad de ser camino, de hacerse camino y de aportar la luz del exilio al horizonte transicional de la nueva España por hacer. Los textos que acompañan a esa suerte de centro en movimiento que es *España, a la fecha* dan la medida de una insistencia ética que hunde sus raíces más profundas en el humanismo liberal del autor. Alessio Piras, en su introducción al presente volumen, precisa bien la más que notable aportación de Ayala a la real transformación del régimen dictatorial en la democracia actual, sobre todo a la construcción del puente de la Transición.

El caso de Ayala es el de un escritor total. En sus escritos, la novela y el ensayo de creación se mezclan con la crítica literaria, la filosofía política, la sociología y la crítica de la cultura, conformando todo ello una unidad en la variedad –temática y formal– de la que solo se puede dar cuenta atendiendo al sentido convergente de su carácter radicalmente intelectual. Es el suyo –ante todo y sobre todo– un compromiso intelectual. Se trata en él de entender y de dar razón del mundo, pero no de manera abstracta, sino del devenir real del mundo y de la vida de su tiempo. También, claro está, de los avatares del devenir de España. Y fue el suyo un intento de dar razón también de España desde la apuesta por el mismo porvenir de España.

[IX] NO todos los regresos son iguales. Hubo quien volvió del exilio para perderse en la insignificancia, acaso para recoger solo los honores del sacri-

ficio, y quien lo hizo para alimentar una definitiva nostalgia, la desolación que dolorosamente brota de la incoincidencia entre lo hallado y lo perdido, entre lo hallado ahora y lo perdido antaño: un país, un futuro, la juventud, quizá el amor, sueños, esperanzas. Era difícil reconocer lo que encontraban los que volvían, más aún reconocerse en ello. Venían del destiempo y la aceleración del tiempo nuevo parecía invitar a la desmemoria. Pocos lograron sobreponerse al impacto con la España real, aún menos los que tuvieron clara conciencia de la imposibilidad de cualquier retorno a ningún pasado. Nada se iba a restaurar: lo que iba a venir era otra cosa. Era cosa por hacer, cosa de todos. Francisco Ayala lo sabía. Atento analista de los signos del mundo contemporáneo, sabía que el *después de Franco* no abría ningún proceso de retorno a la anterioridad democrática republicana, sino, al contrario, una vía precaria –y en peligro– por cuyo tránsito se podía llegar –o no– hacia una nueva vida democrática en grado de reubicar a España en sintonía con Europa y acorde con el espíritu del tiempo nuevo. Era, pues, el suyo, un retorno que miraba hacia adelante. Un retorno con memoria, desde luego, pero con los ojos puestos en el futuro. No volvía a casa, a ninguna casa antaño puesta y durante tantos años cerrada y a la espera, sino que lo hacía para comprometerse en cuerpo y alma con la construcción de una nueva para todos.

De ese compromiso intelectual dan fe –y de qué modo excelente– los escritos seleccionados en este volumen ejemplar. En ellos Ayala no se limita a ser mero espectador de los acontecimientos, sino que vierte el signo indeleble de su compromiso con la verdad y con los valores que sustentan su pensamiento. No es Ayala un intelectual distante, sino implicado –radicalmente implicado– en el proceso de democratización de la vida pública española. Destaca la lucidez de su reflexión y su valor para afrontar siempre los temas pertinentes y los problemas, incluso los más incómodos, que iban saliendo al paso en aquellos años inciertos, sin plegarse ante nada ni ante nadie, denunciando el desencanto que sobrevino a muchos intelectuales tras los primeros años de entusiasmo, o el mirar para otro lado con el que otros muchos evitaban pronunciar una palabra clara frente al terrorismo, por ejemplo, o el cálculo de tantos otros, más atentos a las prebendas del poder que al libre juego de la inteligencia y de la responsabilidad política. Cuántas voces de las que entonces más se oían hoy se nos caen de las manos

y no dejan más que un rastro de vanidad e inconsistencia. Frente a ellas, la de Ayala sigue siendo luz, quizá porque su palabra fue siempre verdadera.

Volvía del exilio, pero no para convertirse en su representante o para acogerse al palio de su mística más desenfadada. Él iba a dar voz al exilio, a su singular experiencia del exilio, que, a decir verdad, siempre se manifestó un tanto contracorriente, sobre todo a partir de aquel artículo de 1949, “¿Para quién escribimos nosotros?”, que sonó casi como el anatema de un disidente entre los cuadros del oficialismo republicano del exilio. El exilio era una parte importante de su vida y su experiencia fue decisiva en su obra, sin duda, pero ni una ni otra podían reducirse a aquel: él ya era alguien antes, como hombre y como autor, y como tal había contribuido al esplendor de la cultura española de los años 20 y 30 y al proceso de construcción de la República. Perdió la guerra y marchó en exilio. Y ahora volvía sin renunciar a nada de lo que había sido, menos aún de lo que todavía podía ser y hacer en el proceso de construcción de la nueva vida nacional. La suya es la voz de un liberal, pero suena distinta de la de esos otros intelectuales que provenían de la disidencia del falangismo y que en los últimos tramos del franquismo y en los primeros de la democracia hicieron profesión de fe dentro del liberalismo. La suya recogía una herencia republicana y con ella y desde ella quiso cívicamente intervenir, converger, sumarse. Fue una auténtica apuesta por el regreso. Volver no era fácil. Ayala supo hacerlo.